

LA MOTIVACION RELIGIOSA EN EL PROCESO DE PROMOCION HUMANA (1)

Juan Manuel, Pérez O.P., M.A.

Se me ha pedido que "elabore un documento y lo exponga en este seminario con el objeto de que sirva de base para iniciar las discusiones por equipo" sobre el tema "qué papel específico debe jugar la motivación religiosa en el proceso de desarrollo y en qué grado debe incluirse esta motivación en el programa de cursillos de promoción".

Debo confesar que no me resultó fácil escribir estas cuartillas. Me hubiera sido más fácil exponer mi criterio personal sobre este tema. Pero no se trata de una opinión; no se trata de discutir un criterio personal ni de exponer una doctrina por todos ustedes conocida y vivida como es la doctrina acerca de la promoción humana en relación con la religión. No nos hemos reunido aquí para recibir instrucciones. Sino para discutir en común la compleja realidad del proceso de promoción humana de las masas campesinas. Y este proceso, con sus elementos integrantes y sus motivaciones, es algo mucho más serio que exponer una teoría o elucubrar unos principios, por importantes que sean.

Yo considero este seminario como una sesión en la cual se trata de jugar con las cartas descubiertas, puestas sobre la mesa. Y según eso trataré de descartar las implicaciones del factor religioso en el proceso de promoción humana.

1. MOTIVACION RELIGIOSA EN LA VIDA:

Para no andar divagando, antes de nada, es necesario que analicemos la idea que tiene la gente de la religión. Yo creo que la conclusión a que lleguemos en la discusión de grupo va a estar condicionada por el sentido que tiene la religión para la gente.

Hablo en general. Sé que la exposición que voy a hacer del significado de la religión admite su más y su menos y, en ciertos ambientes y en muchos grupos, incluso es posible que no sea aplicable en absoluto esta exposición.

A) Hay que confesarlo: para la inmensa mayoría de la población campesina la religión (o mejor el sentimiento religioso) es la manifestación y el signo de un estado de alienación.

No digo que la religión tenga alienada a la gente, sino que, tal como la entiende y la vive la gente (mejor, tal como la practica) es señal de alienación.

Para la gente marginada, para los campesinos hablando en general, la religión es un mundo al margen del mundo, de la vida de todos los días. Las prácticas religiosas populares (no nos metemos en el significado y en el valor primigenio de las mismas) se *usan* como medio para conseguir algún bien o para librarse de alguna calamidad. Pero medio para conseguir algo o evitar algo en relación con las necesidades de la vida en el orden físico o biológico.

(1) Ponencia tenida en el Seminario de centros de promoción de la Iglesia Católica, Santo Domingo, 29-31 de enero 1973.

A través de las prácticas religiosas se puede deducir la concepción del mundo; la idea que tiene la gente sobre las cosas y sobre la propia vida humana.

Veamos: La vida, las cosas, los acontecimientos no tienen sentido en sí mismos. Nosotros diríamos que el mundo, las cosas y la vida humana no tienen autonomía propia. Se los concibe como en dependencia directa de unas fuerzas extraterrestres o por lo menos fuera del control de la voluntad humana. Esas fuerzas dirigen caprichosamente al acontecer del mundo; caprichosamente también reparten la dicha o la desgracia; el bienestar o la pobreza.

Evidentemente la gente lo dice así reflexivamente, conscientemente. Se trata, más bien, de una especie de trasfondo cultural que sirve de base para la explicación de la realidad. Pero esa explicación se escapa por completo a nuestra razón y a nuestro dominio.

(¿Sería posible explicar a la gente la física moderna?)

El mundo en que vivimos no es un mundo racional. No existe un orden causal que permita una explicación de los acontecimientos. Por eso la previsión del futuro es imposible.

Yo he llegado a la conclusión de que, para la gente, no existe la historia concebida científicamente como una serie de acontecimientos sucesivos que están en mutua dependencia unos de otros, siendo los siguientes la conclusión inevitable de los primeros. Y, como consecuencia, me imagino que tampoco es posible una vida humana en el sentido de biografía: un esfuerzo personal y libre que, partiendo de las condiciones limitantes de la naturaleza humana y de los condicionamientos externos de la vida, va construyendo y realizando una vida plena de sentido. Más bien la vida de los hombres en esta pobre gente es un ir acomodándose y conformándose a la realidad molesta.

El pasado no influye en el presente y el futuro resulta imprevisible. se vive al día, en el hoy.

Es curioso analizar la misma estructura del lenguaje para darse cuenta de este fenómeno:

A cualquier pregunta acerca de un acontecimiento futuro que se les haga (por ejemplo: ¿Va a asistir ud.? ¿Como resolverá el problema que tiene en la familia? etc.) la respuesta siempre es la siguiente: SABRA DIOS.

El sujeto de los verbos activos está casi siempre en forma impersonal: "ME ENTRO EL AMOR"; "ME CAYO UN DOLOR EN EL CEREBRO"; etc.

Con mucha frecuencia también se imputa una acción o un sentimiento a una cosa inanimada: "No les gusta a las guaguas meterse por este camino"; "se fue la luz"; "me dejó la guagua", decía un muchacho para justificar su tardanza en llegar a clase.

Esta forma de expresarse indica un complejo de impotencia en el que habla; un sentido de fatalismo o de determinismo. Se está seguro de que, como quiera, sucederá lo que tiene que suceder. No existe una explicación causal. Las cosas suceden así porque sí. Unas son gratas, otras son desagradables, pero suceden como al azar, como por casualidad.

Sin duda estamos en un mundo mágico. Y por eso se explica que haya tantas prácticas de tipo supersticioso. Si los sucesos ocurren y sobreienen por fuerzas desconocidas, es natural que se busque una protección en fuerzas desconocidas y ocultas a quienes se les atribuye mayor influencia.

En las religiones de orden natural a esas fuerzas se las llamaba dioses. Entre

nosotros la gente las identifica con otros nombres: es la suerte, el destino, Dios o los santos.

Por eso muchas de las prácticas, dizque religiosas, no tienen otro sentido que el de lograr una suerte o evitar una desgracia o una calamidad. Como en las religiones paganas se hacen promesas buscando el beneplácito divino. En el fondo se trata de tener a Dios o al que sea de nuestra parte. Es una especie de arte de manipulación de lo divino. Un arte para manipular lo divino, pero un arte totalmente ineficaz. Eso está claro.

B) Hay otro sector de la población, ciertamente menos numeroso, quizás minoría, para quienes la religión no pasa de ser una etiqueta social, una costumbre o una tradición. Un ancestro, como me decía uno.

Para esta gente la vida, la suerte, etc., depende ante todo de la habilidad personal.

Muchas veces no se dan cuenta que el éxito en la vida para la inmensa mayoría de los casos es el resultado de unas estructuras sociales que están a su favor.

Pero de todos modos se sienten autosuficientes, suficientemente poderosos y capaces de resolver los problemas.

Tienen fe, dicen. Pero su fe no pasa de una fe teísta. Creen en algo etéreo, desconocido, peligroso quizás. Pero, después de todo, algo muy lejano de los problemas del vivir diario. Lo conservan ahí en la trastienda de la conciencia como un elemento al cual posiblemente tengan que acudir algún día.

Por no conocer ese mundo exotérico de la religión, tampoco se atreven a atacarla directamente ni a renegar de ella.

Este grupo está representado por los que se han promovido en cuanto a los bienes necesarios para mantener la vida; por los que han logrado seguridad; disponen del prestigio, tienen el poder económico, cultural, político o de cualquier orden que sea.

Por esta razón el sentimiento religioso entre los varones está mucho menos acentuado que en las mujeres. El varón en la sociedad en que vivimos goza de un status social superior al de la mujer. Y el hombre, el varón, debe manifestarse ante sus semejantes como una persona que está hecha. "Estar hecho" significa tener lo necesario y tener la solución para todo.

En este sector de la población el mundo de las cosas y de la vida humana no tiene secretos ni misterios. Se piensa y se vive a un nivel que trasciende muy poco el nivel vegetativo y sensitivo o sensorial. Comen, duermen, gozan, aman... y se sienten felices. Toda preocupación que no sea la del consumo y del disfrute queda en suspenso "hasta que sean viejos".

Para triunfar en la vida basta la habilidad personal y el concepto de habilidad suele ser muy poco honrado.

Es interesante hacer notar que entre los humildes este estilo de vida tiene una fuerza de atracción tremenda. "Ese hombre está hecho", se suele decir de alguien que consiguió una botella o está en una situación favorable ante los avatares y necesidades de la vida. "el que no pueda vivir que se muera", ¿Cuántas veces hemos oído esta frase?

Todo esto es demasiado esquemático y poco precisado. Quizás sería necesario analizar otros grupos, que sí existen, y que tienen un concepto muy diferente de la vida y de la religión. Pero me parece que para nuestro problema con estos detalles tenemos suficiente motivo de análisis.

Como resumen, tenemos dos conceptos de religión aparentemente opuestos, pero que en el fondo se dan la mano.

En primer lugar, creo, que se impone la conclusión de que la idea y la práctica de la religión (tal como se hace, creo que es mejor decir USO de la religión) está íntimamente ligada a la idea que se tiene acerca de la vida y del mundo.

La religión es un medio para defenderse en la vida intraterrena. Se usa, se practica, cuando hay problemas o necesidades. Cuando la cosa va bien la religión no tiene ninguna función que realizar. Cuando sea viejo.

II.— RELIGION Y PROMOCION

¿Tiene algo que ver la religión o el sentimiento religioso con la promoción humana?

Después de lo que llevamos dicho se impone alguna aclaración.

Si la promoción humana se reduce a la capacidad de disponer de los bienes necesarios, a disfrutar de una mínima igualdad de oportunidades en la vida, en una mejor consideración del hombre... entonces debemos decir que la religión es un FRENO, un factor alienante para los marginados, pues los orienta a conseguir una "promoción" en el sentido de tener lo necesario para cubrir las necesidades materiales por caminos totalmente inadecuados.

Ustedes saben bien que es ésta la crítica del ateísmo humanista contra la religión. El mundo funciona y puede ser explicado sin la hipótesis de Dios ni de fuerzas sobre-naturales. Y en eso tienen toda la razón. El Dios que se ha revelado en la Escritura y en Cristo es un Dios totalmente gratuito.

Por eso presentar a Dios o el mundo divino o la religión como factor determinante en la promoción humana en el concepto restringido de desarrollo económico y cultural, político o social, es condenar al fracaso todo esfuerzo humano y mantener al hombre en la alienación.

Para este tipo de progreso o de promoción humana el hombre tiene poder y fuerza para lograrlo. Y si no lo tuviera el hombre dejaría de ser verdaderamente hombre, libre y responsable.

Para nosotros la vida humana es algo más que cubrir necesidades del cuerpo como organismo o de hombre como ser cultural. Es decir, para vivir como hombre es necesario disponer de bienes materiales. Edentemente. Pero no es suficiente. Ser hombre es ser persona.

Ser persona quiere decir ser libre y responsable. La vida humana debe tener un sentido para que llegue a ser auténticamente humana. Ese sentido de la vida y de la acción del ser humano nadie se la puede dar ni imponer. Es el mismo hombre el que la debe descubrir y fijar.

Es aquí, a este nivel, donde entra en juego la religión. El ser humano, a pesar de todos los bienes y de todos los conocimientos de que pueda disfrutar es un ser indigente, incapaz y necesita ayuda.

No me refiero a la salvación en el más allá. La salvación en el más allá es la meta del acá de la existencia humana.

Los bienes, la cultura, los valores morales deben ser considerados como medios. Nunca como fines. Y el esfuerzo por conseguirlos y el disfrute de los mismos debe ser el reflejo de un sentido trascendente de la misma vida.

Según esto, la promoción humana es un proceso. Y un proceso ascendente y

orientado a capacitar al hombre para que él mismo pueda dar plenitud de sentido a su vida y a su actuar.

La promoción supone evidentemente la capacitación del hombre para ganar su vida y disfrutar de los bienes, conocer la verdad y gozar de la belleza que existe en el mundo en compañía de sus semejantes. A todo eso tiene derecho. Pero no es suficiente. El fin de la promoción está más lejos.

Al mismo tiempo, el proceso de promoción debe orientar y capacitar al hombre para que sea capaz de trascender ese nivel vegetativo o cultural. El proceso de promoción debe capacitar al hombre para que descubra su puesto en el mundo, para que aprecie, viva y luche por los valores de la vida. (Tales como la justicia, la verdad, la solidaridad humana, el sacrificio o entrega, etc.), abriéndole horizontes de trascendencia.

Si nos quedamos en el proceso de la promoción al nivel del tener y del disfrutar, no necesitamos la religión para nada, antes al contrario, a ese nivel la religión o el sentimiento religioso es un estorbo.

Para mí es una idea clara que debe existir una dialéctica entre el tener y el ser; entre el poder y el ser capaz de decisión; entre el saber y el dar sentido a la vida.

Es a través del tener más, saber más, poder más para ser más (PP) como nosotros podremos promocionar a las masas abandonadas que suspiran por una ayuda. Ayuda que no les puede llegar por la vía por la que la buscan.

También creo que el proceso de promoción es un concepto dinámico. Y si es dinámico, es relativo. Es decir, en cada ambiente social, en cada situación concreta en que se encuentre la gente, la promoción implica tareas y urgencias diferentes. La promoción siempre dice relación a una cultura, a un modo de pensar, a un nivel en el desarrollo humano y, en definitiva, a una concepción del ser humano.

A veces pienso que nos ha tocado la suerte a los que estamos trabajando en la promoción de las masas campesinas, ¿Cómo habría que hacer la promoción humana entre la gente del segundo grupo, entre los que tienen lo necesario para la vida y que se creen ya hechos?

En el proceso de promoción es imprescindible no perder de vista el sentido comunitario que debe tener toda auténtica promoción humana. El ser humano desarrolla y da sentido a su vida en comunidad, no aisladamente.

Este aspecto es quizás el de mayor urgencia en el momento de arranque del proceso de promoción cuando se realiza en un ambiente social minado por la injusticia, el abuso y la instrumentalización del poder con el fin de mantener privilegios para unos y la marginalidad para la mayoría.

En esta fase inicial del proceso de promoción se corre el peligro, me parece, de quedarse en lo negativo: protesta y alboroto. Si no se pasa de ahí, la promoción quedará reducida a un puro revanchismo. Y nuestra labor de concientización se habrá convertido en otro "instrumento" para manipular a los marginados.

Partiendo de la realidad concreta en que vive y desarrolla su vida la gente es necesario llegar a crear en ellos una conciencia crítica; capacitarlos para que no se dejen manejar y equipararlos convenientemente para la lucha contra toda situación de injusticia.

III.— MOTIVACION RELIGIOSA Y CURSILLOS DE PROMOCION: SU- GERENCIAS.

No se trata de una apologética "intra muros", si digo que la motivación religiosa debe tener parte activa y destacada en el proceso de promoción.

La religión; no el sentimiento religioso que hemos analizado al principio. Ese sentimiento religioso, la manera de practicar la religión de que hablábamos, es la prueba y la manifestación clara de una incapacidad radical del ser humano para conseguir los bienes necesarios y para garantizar una seguridad.

Con toda la prudencia que se quiera para no herir, sería necesario tratar de arrancar y barrer con esa religión de conformismo.

Toda religión, lo mismo que toda ideología, presupone unos postulados en los que se encierra, como en germen, la actuación y el modo de actuar de los adeptos.

Nuestra religión cristiana, revelada, es y se manifiesta en toda la Sagrada Escritura, como una religión de liberación total del ser humano de todo tipo de sumisión, es imprescindible acudir a las fuentes de nuestra religión; la Biblia, la Tradición y la Liturgia.

A) En cuanto a la Biblia. El solo hecho de exponer las 4 ó 5 grandes verdades de los 11 primeros capítulos del Génesis:

Existe un solo Señor de las cosas;

Debajo de El, el ser supremo es el hombre, a quien está subordinado todo lo creado;

Igualdad entre el hombre y la mujer, en cuanto a la dignidad;

Solidaridad entre los hombres, con un destino común.

Incapacidad del hombre para dar sentido pleno a su existencia al margen de Dios (pecado)

Ya nos permite ubicar al hombre en el mundo en toda su grandeza y con todas sus limitaciones.

En el libro del Exodo se nos presenta un ejemplo de la liberación de un pueblo. Y la forma de esa misma liberación; el modo de actuar que tiene Dios en lo que es de competencia humana. Dios no absorbe, no sustituye al hombre en su esfuerzo y en su deseo de liberación. Dios actúa en el mismo desarrollo de la historia humana.

Con Cristo, Dios-hecho-hombre, todo lo humano adquiere plenitud de sentido. El manifiesta al hombre el mismo hombre, como dice el Concilio Vat. II Insistir en su doctrina: Bienaventuranzas, amor al prójimo. . .

Y sobre todo, para nuestro caso, la religión no es una huída o un refugio en poderes extraños. La religión cristiana es una manera de entender y de llevar la vida.

B) La segunda fuente de nuestra religión, la tradición, es rica en contenido a este propósito. Y es natural, sabiendo que la religión cristiana es (debe ser, quiero decir) el fermento dentro de la historia humana. No es algo paralelo a la historia; no es un humanismo frente a otros humanismos menos aceptables. No es un humanismo en competencia con otros estilos de vida humana.

Desde los Hechos de los Apóstoles hasta la *Populorum Progressio*, pasando por todos los Escritos Apostólicos existe un esfuerzo y una pauta de liberación de los

hombres y de todos los hombres.

(Al incluir los Hec. y los Escritos Apostólicos entre el marco de la Tradición no trato de hacer una correlación a la enseñanza de que esos escritos están inspirados. Es cuestión de método).

Es cierto que existen lagunas y fallas en la actuación de la comunidad cristiana en la realización de la obra redentora de Cristo, pero podemos ver siempre una marcha ascendente.

C) El hecho de la liberación de los hombres se celebra en la Liturgia. Es cierto que se insiste, según mi criterio, en demasía y se hace énfasis en la función cultural de la liturgia. Cultural y suplicatoria. Quedando en un segundo plano, quizás imperceptible para la gente, la celebración de un hecho.

La liturgia tiene el sentido primordial de Acción de Gracias y de celebración. Acción de Gracias por haber sido redimidos y celebración en sentido comunitario. No existe celebración en privado, a solas cada uno.

Nuestra liturgia se centra en los sacramentos, que son signos que atestiguan y crean una realidad. También me parece que se ha olvidado el carácter de signo de los sacramentos, a pesar de que ese concepto entra en la definición de sacramento. Y, por el contrario, han ido adquiriendo mayor carga de medios para la salvación individual.

Decía al principio que no me resultó fácil escribir este documento de base para la discusión en equipo. Muchos encontrarán imprecisiones, omisiones, etc. Lo importante es que sirva para el fin con que fue redactado.

Yo creo que nos ayudará a llegar a una conclusión clara acerca del papel de la motivación religiosa en el proceso de promoción.

APENDICE

LA NOCHE DEL DIA 20 DE ENERO EN HIGUEY

El ambiente de Higüey en la tarde y, sobre todo, durante la noche del día 20 de enero es indescriptible. Las calles están llenas de gente y los parques se colman de vendedores ambulantes. Es un verdadero espectáculo.

Pero recorriendo las calles que unen el Santuario Viejo con la nueva y majestuosa Basílica uno advierte un algo indefinible y misterioso, que obliga a concentrarse, a pesar del ruido de los combos que tocan en las salas de fiestas, los gritos de los vendedores ambulantes pregonando sus mercancías, la gente que deambula observando, buscando algo en qué entretenerse: son los peregrinos.

La heterogeneidad de los peregrinos, las raras y extrañas vestimentas que llevan la mayoría de ellos, y los cuadros y símbolos que transportan en brazos o sobre la cabeza acentúan la impresión de estar en un mundo extraño. Caminan por entre los puestos y ventorrillos como distraídos, pensando en otra cosa que los tiene preocupados y los aísla del alboroto exterior.

Esta sensación se acentúa a medida que uno se acerca al Santuario Viejo o a la nueva Basílica. Da la impresión de que algo extraño flota en el ambiente, y le fuerza a uno a levantar la vista, aguzar el oído o prestar atención a ese algo que atrae la atención de los peregrinos, y que sólo ellos parecen percibir.

De ahí esa impresión de que ellos están en otra cosa, poseídos por algo que se ha metido hasta lo más íntimo y secreto de su alma y los atrae y los mueve sin que ellos puedan ofrecer ninguna resistencia; sin que los estímulos exteriores (el ruido, la aglomeración de la gente, el calor o el frío) sean capaces de sacarlos de

su arrobamiento y concentración. Cada uno se mueve a un fin determinado; se cruza con otros; tropieza con la gente, pero nadie se disculpa, nadie presta atención a los demás. Como si fueran muchachitos que caminan cogidos de la mano de su papá.

Al cruzar la puerta de acceso al recinto de la Basílica quedan atrás la algarabía de los vendedores, los gritos de los altoparlantes anunciando objetos religiosos o lo que sea. Quedan también atrás las manos tendidas de los numerosos mendigos que hacen sonar unos cheles dentro de una lata de conserva para atraer la atención de los que cruzan la puerta de entrada.

Aquellas manos tendidas de los pobres mendigos, estiradas como si la necesidad les alargase el brazo de forma inverosímil por entre las barras de la puerta que, al quedar abierta, forma un pasillo de rejas por donde estiran sus brazos pidiendo limosna.

Cruzada la puerta se fija la mirada en la imponente estructura de cemento de la Basílica. Y, como atraídos por un imán poderoso, la gente avanza, se adelanta a los que caminan más despacio y se cruzan con los que regresan.

Al llegar a la escalinata, el respirar se hace más hondo, los movimientos se vuelven más rápidos e inquietos. Se avivan los sentidos como tratando de captar algo que se empieza a sentir. La emoción se apodera de los peregrinos. Y, así absortos, concentrados, penetran en el gran templo. Y, por fin, como si hubieran logrado un deseo contenido durante años, la emoción se agranda y los gestos se desbordan sin control y sin preocupación.

Como si cada uno de los peregrinos que van penetrando en el templo, recibiera una misma instrucción y obedeciera la misma consigna, todos respetan con toda meticulosidad el mismo ritual desde el momento en que se cruza la puerta de la Basílica: manos tendidas, gesticulantes, levantadas en alto, tendidas hacia adelante, que hablan un lenguaje gráfico. Es la coreografía espontánea de una grandiosa representación de deseos ardientes, de súplicas encendidas, de acción de gracias.

Los labios musitan palabras incomprensibles. Una especie de lenguaje inarticulado; un lenguaje de mímica y de expresión. Un lenguaje elocuente que expresa, al mismo tiempo, reverencia, miedo a pisar un recinto sagrado, confianza, certeza y, sobre todo, esperanza ante un poder mítico que los recibe y los defiende. Ese lenguaje es la expresión de un desamparo, de un abandono, de una necesidad de confiar en alguien o en algo que ahora los envuelve y los arropa.

Ese abandono y desamparo lo manifiestan en el anonadamiento total. Quieren expresarlo en sus gestos y actitudes: rostros tensos, ojos levantados, manos abiertas y suplicantes, hincados de rodillas, encorvados, con miedo a levantar la frente y mirar cara a cara. Hincados de rodillas, permanecen largo tiempo arrobados, suplicantes, como esperando una señal o un gesto que les diga: "ya pueden levantarse".

Les agrada recogerse en los rincones; quieren estar solos y se aíslan en medio del gentío, concentrándose con la mirada fija en las vacilantes llamitas de las velas y cirios que se van consumiendo poco a poco. A veces uno llega a pensar que es la vela prendida, pegada en el suelo de mármol de la Basílica, la que suplica por ellos y las señala el momento de levantarse.

Como niños que hicieran algo que no agradó a los mayores y que ellos ignoran, los peregrinos se visten de saco, de alistado, tratando de aparentar y de presentarse libres de todo orgullo y de toda vanidad. Quieren presentarse en la humillación

total y demostrar que nada tienen y que no hay motivo de enojarse con ellos a causa de posibles celos de su presunta grandeza y vanidad.

¿Quiénes son y de dónde vienen?

Tuve curiosidad y durante cuatro largas horas hablé y conversé con todos los peregrinos que pude. Gente mayor y gente joven; hombres, mujeres y niños. Quería saber cuál es el misterio que hay en esa gente, qué buscan, qué vienen a pedir, qué esperan, qué ofrecen. ¿Por qué han venido? ¿De dónde son? ¿Qué representa para ellos el sacrificio de venir a Higüey en camiones, en camionetas; en medios incómodos para realizar un viaje largo. Las guaguas de viajeros no abundan durante la noche del día 20, pero fueron llegando el día 21 por la mañanita, con un cargamento humano de aspecto muy diferente a estos peregrinos que pasan la noche en la Basílica o en los soportales.

Y empecé a preguntar. Temía, al principio, el retraimiento de la gente; temía que interpretaran mal mi curiosidad. Pero muy pronto se daban cuenta de que yo era un sacerdote que velaba con ellos la noche. Por eso me fue fácil entrar en conversación con ellos. Hablaron con espontaneidad y manifestaron sin temor sus penas y sus esperanzas, sus temores y sus inquietudes.

Los peregrinos vienen de todos los rincones de la geografía dominicana. No sé por qué me pareció que predominaban la gente del sur, que venían en grandes o en pequeños grupos. Abundaban también los haitianos, hombres, sobre todo; bien formados, de complexión fuerte, musculosos, con su típico sombrero de ala corta.

Fui anotando muchos parajes de San José de Ocoa, de Azua, de Baní, de San Juan de La Maguana, de San Cristóbal, de Dajabón, Montecristi, Monte Plata, de poblados vecinos a la Capital, de casi todas las secciones del Este (¿Por qué la gente del Este se identifica como vecino de una sección y no de un paraje o de un poblado?). Con los nombres y secciones que me indicaron se podría levantar un mapa de la República Dominicana.

En su mayoría son gente humilde, llena de problemas, gente que sufre toda clase de calamidades: enfermos, tullidos, gente sin trabajo, madres preocupadas por la suerte de sus hijos, por su hogar; jóvenes que buscan protección y suerte para abrirse camino en la vida; pequeños comerciantes que desean una bendición para que su negocito prospere.

Los peregrinos de la noche del día 20 de enero, que pasan la noche en vela dormitando en los bancos o en los portales de la Basílica, son un verdadero compendio de todas las calamidades, necesidades y anhelos de la gente marginada.

A pesar de su pobreza tienen que pagar 10, 15 o más pesos de pasaje; gastos de comida, entrega de la promesa, compra de objetos religiosos que llevan de recuerdo y como garantía de la protección de la Virgen de la Altagracia, la ropa de peregrino, etc. Para una familia, pobre y llena de necesidades, la peregrinación a Higüey supone un sacrificio muy grande. Han de privarse, durante mucho tiempo, de muchos bienes necesarios para poder cumplir la promesa.

Con qué veneración conservan, miran y tratan aquellas papeletas que tendrían para salir de un apuro. Pero ese dinero, mucho o poco, es su ofrenda y tiene un valor sagrado. Esos pesos son sudor de muchas horas de trabajo, el hambre contenida de toda la familia, la desnudez de los hijos, el uniforme y los libros para la escuela de algunos hijos que han tenido que esperar para después que papá o mamá hayan cumplido la promesa.

Sacrificio por venir en medios de transporte sumamente incómodos y lentos durante horas y horas. Sacrificio por pasar la noche en vela dormitando en los duros bancos de caoba o acostados en el mármol frío de la Basílica esperando el amanecer de una esperanza de vida mejor.

Me interesaba saber de dónde venían, saber cómo vivían en su paraje, el sacrificio que suponía para ellos cumplir la promesa de una visita a Higüey. Y saber esas cosas me hacía bien, pues me daba cuenta que mantenían la esperanza, que confiaban, que aún no habían sido derrotados en la vida. Me hacía bien saber estas cosas, porque me daba pena ver el espectáculo de aquella pobre gente.

Pero, ¿Qué había en el fondo de todo aquello? ¿Qué pedían? ¿Qué buscaban? Las respuestas a esta pregunta fueron reflejando los dolores, angustias, desamparo y sufrimientos que es capaz de soportar un ser humano.

Es imposible relatar todos los motivos de la venida de esos peregrinos al santuario de Higüey: males físicos, miedos, vicios, ignorancia, acción de gracias, deseo de mejor suerte, tranquilidad y paz en la familia, problemas económicos; los hijos; demanda de castigos para otros que los perjudican; la conversión del marido que anda con queridas, falta de trabajo, imposibilidad de seguir estudiando por carencia de medios, etc., etc. Algunos piden por los gobernantes, o simplemente bendición para el futuro.

Noté una ausencia total de peticiones por la Patria, por la justicia o por la paz y armonía entre los dominicanos (¿Qué es la Patria para esta gente? ¿Acaso saben que son miembros de una nación, con unos derechos y deberes?).

Muchas veces sentí emoción y el consuelo ante la manifestación de sentimientos tan nobles y deseos tan sinceros. Un ejemplo:

Un señor, de unos 30 años, arrimado a una columna, está absorto (¿sueño?, ¿ensimismado? ¿alguna preocupación?). Entre sus manos, apoyadas sobre el pecho, sostiene un sombrero, muy chiquito. Me acerco.

—Compró un sombrero demasiado pequeño, le digo.

—Es que no es para mí, me dice sonriendo. Lo compré para una hijita que tengo de tres meses.

—¿Está enferma?

—No, gracias a Dios y a la Virgen. Pero, mire, llevábamos muchos años casados y no teníamos hijos. Ahora tenemos una muchachita. Y le llevo este sombrero para que la Virgen me la bendiga.

Otro ejemplo:

—¿Qué le ha pedido a la Virgen?

—Le pedí que me dé un poco de suerte.

—¿?

—Mire, tengo 7 muchachos bajo mi cuidado. Pero no tengo suerte. Yo estoy casado por la ley y por la Iglesia y mis padres también estaban casados. Pero si consigo un trabajo: mala suerte. Lo pierdo. Si compro una quiniela: mala suerte. Sale pelada. Tengo que hacer esto a ver si la Virgen me bendice.

¿Por qué me dijo que él y también sus padres estaban casados? ¿Acaso con eso quería indicar que tenía un cierto derecho a tener más suerte?

—Ud. señora, ¿qué vino a pedirle a la Virgen?

—Que la Virgen me ayude a conseguir un trabajito para ayudar a mi mucha-

- cha. Terminó el octavo y quiere hacer el primero. Pero no tengo medios.
—Que la Virgen aleje el ron de mi hijo que tiene 20 años y no hace caso.
—Que pueda volver el año que viene.

Así podríamos seguir hasta llenar muchas páginas.

Al final, cansado ya, me convencí de que caía siempre en el mismo círculo de deseos y de peticiones.

¿Qué hay de religioso en todo esto?

Fue la primera pregunta que me asaltó y que sigue punzándome.

Es posible que esa gente, la más marginada de la sociedad, los peregrinos que tienen que pasar la noche en la misma Basílica, no represente sino una minoría de la población que visita el santuario. Es posible que en sus respuestas no sepan dar el matiz apropiado a sus sentimientos.

Pero es evidente que las peticiones, las promesas, y acción de gracias se centran en conseguir algún bien o en evitar alguna calamidad de orden material: salud, suerte, prosperidad, . . . Se busca salir de apuros cuya raíz está en el comportamiento humano o en la injusticia social.

Se advierte ciertamente una vivencia muy arraigada de lo sagrado. Pero, en este caso, lo sagrado se reduce a un local y, sobre todo, al cuadro que representa la Virgen de la Altigracia. Lo sagrado es algo que está ahí, en ese lugar. La comunión con lo sagrado se reduce a lo exterior: tocar la imagen para después santiguarse o pasar la mano por la parte dolorida. Es algo así como si la comunión con lo sagrado se lograra por medio de un contacto físico, pensando que el poder o la virtud de la imagen pasa a uno a través del tacto.

Existe también una fe, una seguridad absoluta en el poder de Dios. Esos peregrinos están convencidos de que conseguirán su deseo. Están convencidos de que al hacer la visita, al presentar su ofrenda, o cumplir la promesa, están cumpliendo con un deber sagrado.

Pero esa fe ¿no está demasiado atada a una imagen? ¿No se está realizando un "trasvase" del poder de Dios a un objeto?

Vienen a cumplir una promesa de orden físico: una limosna, una vela, una visita, un vestido especial, . . . ¿Y la vida, el trabajo, la responsabilidad diaria?

Evidentemente hay que tener en cuenta el modo de ser y de expresarse de esta gente sencilla y humilde. Sería absurdo pedirles una formulación intelectual de la fe. Necesitan lo sensible, lo tangible, necesitan ver y tocar.

Sin embargo, me pregunto si todo esto no equivale a un desenfoque radical. En el fondo, se trata de conseguir por vía milagrosa la solución a problemas que son asunto personal, en muchos casos; o del gobierno o de la recta ordenación de la sociedad.

Cabe entonces la pregunta ¿Hará Dios ese milagro? Pedir esa clase de milagros ¿no equivale a tentar a Dios pidiéndole que haga lo que El nos encomendó a los hombres? ¿No será dejar a la gente dormida en sus miserias y en su ignorancia esperando la solución por una vía inadecuada?

Quando regresen a sus parajes, a sus quehaceres diarios y se den cuenta de que todo sigue igual ¿Qué puede ocurrir? Normalmente regresan otro año, pensando que en la primera visita no han cumplido como debían. Encontré muchos casos

de peregrinos que hacían la visita por segunda, por tercera o por enésima vez, preocupados porque les faltó algo la vez anterior.

El verdadero milagro sería que esos peregrinos, la gente más sufrida y marginada del país, regresaran a sus poblados y a sus ocupaciones convencidos de que tienen que luchar por hacer los cambios necesarios en su vida, en su manera de pensar, en la manera de relacionarse con los demás. Que la Virgen de la Altagracia es Madre espiritual de todos los dominicanos, también de ellos, los pobres. Y que es necesario luchar para ofrecerle un reino hermoso, un país donde todos los dominicanos se tratan y se respetan como hermanos.

La gran masa de peregrinos, que durante la noche velan sus esperanzas ante la imagen de la Virgen de la Altagracia, no forma un grupo humano único en la necesidad, en el dolor, en la súplica o en la esperanza. Cada uno actúa independientemente de los demás. Cada uno va a lo suyo.

Si todas esas aspiraciones y súplicas de tantos peregrinos de todos los rincones de la República, se logran coordinar de alguna manera, tendríamos un signo maravilloso de unidad y de catolicidad. La Iglesia católica, simbolizada en el dolor y el sufrimiento de sus hijos marginados y dolientes, congregados en torno a María, Madre y Modelo de la Iglesia.

Pero no se advierte esa unidad ni siquiera en la celebración de la Eucaristía. No se atiende. Se habla, se comentan cosas que no tiene nada que ver, se reza en los rincones.. No hay unidad de posturas y actitudes que correspondan a un acto comunitario, como es la Eucaristía.

Las malas condiciones acústicas de la Basílica contribuyen a esta dispersión. Es muy difícil prestar atención a las lecturas y a la misma predicación. ¿Llevará algún mensaje esta pobre gente a su regreso a los parajes, o lugares de origen?

Nota: En estas impresiones personales he tratado de suavizar, todo lo que he podido, el ambiente general que se advierte la noche del día 20 dentro de la Basílica, tratando de no herir susceptibilidades y evitar posibles sospechas de acusación contra alguno o algunos.

He omitido muchas peticiones y motivos por ser inmorales: venganzas, enamoramientos (piden que una mujer se les entregue...)

He callado muchas prácticas y creencias por su evidente carácter supersticioso: Aquel señor que venía cargado de anillos, sortijas, cadenas, azabaches, incluso un cuadrado de Santa Clara, para pasarlos por la Virgen. Eran encargos de vecinos y familiares.

Tampoco quise sugerir soluciones posibles, porque nadie me comisionó para ello. Pero ojalá fuera posible tener una revisión pastoral en torno a estas peregrinaciones (que cada peregrinación viniera con su catequista; que al llegar hubiera alguno que los recibiera y los atendiera para que no anduvieran despistados por los rincones, etc.).

De la parroquia de El Seibo había también peregrinos. Y no eran precisamente los que llevan una vida cristiana, los que asisten regularmente a los actos religiosos en su comunidad. Es decir, no son precisamente personas que podrían ser presentados, no digo como modelos, sino como cristianos normales en su ambiente. ¿Ocurre lo mismo con los otros peregrinos a quienes yo no conocía? Sería interesante constatar este dato y saber cómo entienden, qué piensan y cómo viven la religión.

P. Juan Ml. Pérez, o.p.